

# Añoranzas de Valpalmas

Y tú que me estás leyendo dirás:

¿Y por qué no vives en Valpalmas? Es fácil la respuesta: la vida me llevó a otros derroteros, la necesidad de una formación, de un trabajo, de un destino.

Pero el que no viva en este querido pueblo habitualmente, no me quita para nada el “orgullo” de sentirme valpalmera por los cuatro costados, de forma que cuando me presento coloquialmente ante algunas personas digo: “soy de Valpalmas y de casa La Monja”. Me salen esas palabras con un sentimiento, con un regocijo que si existiera un “medidor de cariño”, superaría todos máximos.

Y es que la tierra es la tierra, la niñez que ahí pasé, las vivencias de la familia, los amigos, los que allí hemos dejado para siempre en un descanso de paz, todo eso, “casi nada” es lo más importante de una vida y por eso florecen los sentimientos.

Al verme con un boli ante un papel vacío, me llegan a borbotones los recuerdos y me apremia llenar el folio sin orden ni concierto: mis maestras, con las que aún mantengo contacto, los juegos en la plaza, el mosto que en los recreos, (en la escuela vieja), me daba la tía Arsenia, entonces ya apuntaba desde bien pequeña lo laminera que he sido y continuo siendo, los recortables que aún conservo en una baúl en el granero junto con los plásticos y demás utensilios y sé que si los extendiera sobre una mesa, aún recordaría que vestidos correspondían a una u otra muñeca. ¡Que bonito todo!, que bonita una infancia en plena naturaleza y con libertad.

Y los almendricos que nuestro padre nos traía, y cuando todos años me llevaban a la Feria de Ayerbe y volvíamos con más muñecos además de con cebollas y ajos. Y cuando nevaba, nos cogían nieve del tejado, limpia e inmaculada y con azúcar y canela -y sin conservantes ni colorantes- nos servía de delicia. Verdaderamente en estos momentos los jugos gástricos me están trabajando.

Cuando ahora veo a niños corriendo en bicicleta con casco y rodilleras, uffff... me dan pena. Muchos chavales igual que yo aprendimos en una bici de “chico”, es decir con una pierna debajo de la barra ya que éramos tan “mozos” que no nos llegaban los pies a los pedales o lo que fueran y digo esto, porque en la mía no llevaba ni frenos ni pedal, simplemente la barra central. Siempre se ha dicho que los niños tenemos el ángel de la guarda al lado, algo así tenía que ser.

Comprenderéis, ¿cómo no voy a tener unos recuerdos y sentimientos maravillosos de mi querido pueblo, si toda la niñez fue tan bonita?

Este verano, en los pocos días que estuve, coincidimos con varias amigas que llevábamos años sin vernos y con otras, posteriormente, hemos hablado por teléfono o visto en Zaragoza.

Cuando ya tenemos los dieciocho años cumplidos hace mucho, mucho, el recordar a las personas queridas es lo que nos alimenta. Y el escribir estas líneas para la revista me están sirviendo para disfrutar un rato, con esto me doy por satisfecha y si algún lector le sirve para recordar años pasados, estupendo. Mi mejor deseo para el pueblo y sus habitantes.

Un abrazo grande.

*M<sup>a</sup> Carmen Callau*